

CAPITULO CLXXXVII.

Guerra de la Valtelina. — Estado de Alemania y ayuda prestada por Felipe III á Fernando II. — Famosa batalla de Praga.

INSIGUIENDO nuestro plan de recorrer la situación de la España de Felipe III en el exterior, y analizar las complicaciones que con más sobra de presuncion y de orgullo que tacto y discrecion estaba creándose, antes de volver á ocuparnos de los sucesos ocurridos en la península, dedicaremos algunas líneas á la guerra de la Valtelina y á la nueva en que nos vimos envueltos en Alemania.

La Valtelina es un país que había formado en otro tiempo parte del ducado de Milan, pero que en aquellos momentos, los grisones, que eran calvinistas, lo poseían, haciendo pesar un yugo terrible sobre los habitantes, que eran católicos.

A tal punto llegó su tiranía que, exasperados los que tan maltratados estaban, tomaron las armas bajo la protección y contando con la ayuda del duque de Feria, que había sucedido en el gobierno de Milan al marqués de Villafranca.

Presumible es que para este alzamiento mediara alguna instigación del gobernador, máxime cuando tan abiertamente les protegía.

En otro lugar manifestamos que el conde de Fuentes, durante su gobierno de Milan, había hecho construir algunos fuertes en la frontera de aquel país; de éstos se aprovechó el de Feria, y merced á su ayuda, fácil les fué á los católicos vencer á los grisones y arrojarlos de allí.

En 1620 tuvo lugar este acontecimiento, y como si se tratase de una ocupación seria y estable, como si España estuviese en disposición de sostener tantas guarniciones y pudiera disponer de tan gran número de soldados, el duque de Feria hizo construir nuevas fortalezas por todo el valle, se proveyeron de todo lo necesario y se establecieron puestos de tropas, que con el tiempo produjeron otras nuevas y trascendentales complicaciones.

Mientras esto tenía lugar, proseguíase en Alemania la guerra llamada de los treinta años, porque tales tuvo de duración, guerra que principió por el derecho que se había concedido á los herejes de Bohemia para crear escuelas nuevas y templos especiales para su culto.

También el establecimiento de la Union y de la Liga tuvo gran parte en este alzamiento, que se preparaba ya desde el reinado del emperador Rodulfo II.

En 1616 Matías sucedió á Rodulfo, y los bohemios tomaron ya resueltamente las armas contra él porque violaba sus privilegios y franquicias.

Muerto Matías en 1619 sin sucesión varonil, ocupó el trono Fernando II, que era precisamente el monarca más á propósito en aquellas circunstancias para convertir en voraz hoguera lo que pudiera haber sido solamente chispa fugaz.

La rebelión tomó desde entonces un carácter de gravedad extraordinario. Cundía rápidamente; los protestantes al grito de que se atacaban sus libertades, y de que Fernando trataba de hacer hereditario el trono de su familia, destruyendo con esto las leyes fundamentales del país, adquirían á cada momento mayores fuerzas, y todo el territorio estuvo bien pronto en armas.

«Los reyes austriacos de España, dice un escritor, que desde Carlos I nunca habían dejado de mezclarse y tomar una parte activa en todas las cuestiones religiosas y políticas del imperio que tocaban á la causa del Catolicismo, ó en que se interesara la prepotencia y engrandecimiento de la casa de Austria ó que pudieran conducir á vincular la corona imperial en la familia, metieron también de lleno en esta fatal y costosísima guerra.

Beeltem Gabor, hacía poco que había subido á ocupar el trono de Transilvania, merced á la ayuda que le diera el turco, y desde los primeros momentos se puso de parte de los insurrectos, formando con ellos una alianza defensiva.

Estos formaron otra puramente ofensiva en las provincias unidas al reino de Bohemia, y ofreciendo al elector Palatino la corona de que trataban de desposeer á Fernando, atrajéronse también á su partido.

Unidas las fuerzas de éste á las que mandaban los condes de Thorn y de Mandsfeldt atacaron á Fernando, mientras que el príncipe de Transilvania, auxiliado por el turco, lo hacía á su vez por otra parte.

El conde de Mandsfeldt era un adversario terrible para el Emperador, era hijo del conde del mismo título, á quien vimos durante el reinado de Felipe II prestar tan señalados servicios á aquel Monarca en la guerra de Flandes.

Católico como su padre, al ver que el Emperador se había negado á legitimarle, separóse de su servicio, abjuró del Catolicismo y fué á servir á Carlos Manuel de Saboya.

Tan luego estalló la rebelión en Bohemia, llevando consigo un escogido cuerpo de tropas, pasó á ponerse á su lado, confiándose el mando de la artillería.

El resentimiento y la venganza llevábanle á hacer armas contra el imperio, y cuando semejantes causas existen, los que van impulsados por ellas son por lo general adversarios formidables.

Fernando, que se veía solo contra tan poderosos enemigos, que no contaba más que con el reducido ejército de Bucquoy, sintió estremecearse el trono bajo sus pies y acudió á Felipe III como pa-

riente, para que, tanto por esta razón como por interés de la religión y de la política, le prestase su ayuda.

Para sí la necesitaba España, que en tal situación y luchando tantos años llevaba ya, mas á pesar de eso, cual si tan sobrados estuviéramos de hombres y de dinero, obedeciendo únicamente á aquella política puramente austriaca, como la llama con justísima razón Lafuente, accedió inmediatamente á prestar la ayuda que se la pedía.

Nada importaba que el tesoro estuviese exhausto, que las atenciones más importantes estuvieran desatendidas, que anduviésemos escasos de soldados, aquí estaban los pueblos para pagar nuevos impuestos, y no era cosa de faltar á una empresa en que el interés de dinastía estaba empeñado.

La poderosa ayuda de aquellos soldados españoles, que tanta fama habían adquirido, dió á Fernando, no sólo el auxilio material de que tan necesitado se hallaba, si que también el apoyo moral que había de traducirse inmediatamente en resultados puramente materiales también.

Los príncipes protestantes de Alemania, al verle con tan poderosa protección, abandonaron la actitud espectante en que se hallaban y se pusieron de su parte inmediatamente.

Igual conducta siguieron el Pontífice y el rey de Polonia, y desde este momento pudo ya el Emperador contar con buenos y fuertes aliados.

Por su parte los contrarios tampoco se descuidaban.

Bajo el mando del marqués de Aupanch pusieron un ejército fuerte de veinte y cuatro mil hombres; atrajéronse á su bando al príncipe flamenco Federico de Nassau, y el caballero inglés Horacio Vese se les unió con dos mil cuatrocientos soldados ingleses agueridos y perfectamente disciplinados.

Era aquello, como dice Lafuente, «como una reproducción de las guerras de Carlos V, sin su poder, sin su cabeza y sin su genio.»

Mas, á pesar de esto, el marqués de Espinola, que ya había dejado perfectamente sentada su fama en Flandes, y que iba á Bohemia precedido de un gran prestigio, era una buena adquisición para el ejército de Fernando.

Situóse en Coblenza, y tal habilidad y tal destreza supo desplegar que burló con ellos la incesante vigilancia de los contrarios; amenazando á Francfort por medio de un movimiento estratégico muy notable fué á caer sobre Oppenheim, operación felizmente llevada cabo y que aumentó la reputación del entendido general.

Por otra parte los duques de Baviera y de Sajonia peleaban también con favorable éxito.

La Lusacia, la Silesia y el Austria alta y baja, quedaban sujetas al Emperador despues de porfiados y sangrientos combates, y conforme cuando este invocó el auxilio de España, su trono se encontraba muy vacilante: en el espacio transcurrido desde que los españoles fueron en su ayuda, había mudado por completo el aspecto de los negocios.

Habíase adquirido excelentes aliados, y la suerte de las armas tornósele en favorable, cuanto antes le había sido aversa.

Tras los triunfos de que dejamos hecho mérito, arrojábase denodadamente las tropas imperiales en la Bohemia, y se dirigen sobre Praga.

En vano es que los generales insurrectos traten de defenderse en las asperezas de aquel territorio, lleno de montes, considerados como inaccesibles.

Nada hay que preste tanto valor al soldado como los triunfos anteriores, y precisamente los imperiales se encontraban ya en este caso.

Cerca de Praga fortificáronse los bohemios en la convicción de que allí se estrellarían todos los esfuerzos de los imperiales, pero poco tardaron en salir de su error.

La misma impericia, por más que sus tropas se defendiesen con un valor extraordinario, da motivo á los imperiales para que lleguen á la meseta de la montaña y hagan una espantosa carnicería.

Hay un momento en que Tilly, general de los imperiales, se ve obligado á retroceder con gran pérdida, pero Bucquoy, que se hallaba en cama enfermo y herido, abandona el lecho inmediatamente, monta á caballo, pónese al frente de sus soldados, y con ayuda del español Gabriel Verdugo, que iba mandando los wálones, recobra el terreno perdido, hace prisioneros á los condes de Anhalt y de Clich, coge los cañones y desordena las compactas filas de los enemigos y entra en Praga, de donde tuvo que salir huyendo precipitadamente el elector Palatino, abandonando el trono de Bohemia.

Esta victoria devolvió á Fernando el reino que había tratado de sustraerse á su dominio, é inmediatamente estableció sobre él un absolutismo terrible, aboliendo todos los fueros y privilegios de que hasta entonces gozara, autorizando á los católicos para que hiciesen abandonar el país á los herejes que no pudieran atraer al gremio de la Iglesia. Con este sistema creyó Fernando haber conseguido un gran resultado, pero los sucesos posteriores nos demostrarán cuán equivocado anduvo.



D. RODRIGO CALDERON

CAPITULO CLXXXVIII.

Intrigas y rivalidades palaciegas.—Envidias suscitadas por el engrandecimiento de D. Rodrigo Calderon.—Cruzada que se forma contra él.—Fray Juan de Santa María.—La madre Mariana de San José.

HAN supuesto algunos, que entre Felipe y Fernando existía un tratado secreto, en virtud del cual, éste había prometido al rey de España cederle toda la parte occidental de Austria, cuando llegara el caso de apoderarse de ella, y siempre que esto fuera con la ayuda del español.

Mas aún cuando este tratado existiera, no queda por ningún estilo justificada una resolución como la de Felipe, resolución «inconsiderada y fatal,» como la califica muy atinadamente un historiador, pues ni aún el principio religioso puede justificar que se empobreciera más una nación, que se le impongan nuevos y más costosos sacrificios para atender á una causa que siempre ha de redundar en provecho de otro reino.

El monarca español comprometióse á auxiliar á su deudo con hombres y con dinero, es decir con las dos cosas de que estaba más necesitado, y en su consecuencia un cuerpo de ocho mil hombres marchó desde los Países Bajos á unirse á las tropas que ya tenía Bucquoy bajo su mando.

Pero éste era insuficiente todavía, y el marqués de Espinola organizó un ejército de treinta mil hombres, con el cual atravesó el Rin é invadió el Palatinado.

A todas luces se comprende lo impropio de una medida que, dadas las condiciones en que España se encontraba, no podía dar de sí otra cosa que un nuevo gasto, una pérdida de hombres, crearnos nuevos enemigos y sobre todo no ganar nada absolutamente despues de hacer un sacrificio tan importante.

Los intereses de familia lo fueron todo en este caso y á estos intereses pospusieronse los más importantes de la nación.

Aquellos ministros que en el gobierno interior estaban dando tan pobrísima idea de su capacidad, no era posible que en el exterior supieran colocarse tampoco á la verdadera altura que las circunstancias les estaban determinando.

En la empresa de que acabamos de ocuparnos alcanzamos mucha gloria, es cierto, pero ¿qué más?

Sacrificar un gran número de soldados, invertir sumas de consideración, sin que nuestra importancia política se aumentase por eso en lo más mínimo, mientras nuestra corte estaba ofreciendo el triste espectáculo que vamos á describir.

Duélenos extraordinariamente haber de ocuparnos de intrigas vergonzosas y de ruines conspiraciones palaciegas; cuando tantos y tan graves males estaban pesando sobre el país, pero el historiador, por más enojo que sienta al trazar cierta clase de cuadros, no puede prescindir de hacerlo, porque sobre sus afecciones y sus repugnancias está la verdad histórica.

Por lo tanto, ahogando nuestro disgusto hemos de abandonar los países extranjeros, donde todavía algunos hombres políticos, y algunos esclarecidos capitanes formados en la escuela del anterior reinado, sostenían á buena altura el nombre español, como dice un autorizado historiador, y penetremos en el real palacio de Madrid, hecho foco de rivalidades y de ambiciones que engendraban conjuraciones monstruosas, como presto tendremos ocasion de ver.

El Monarca que, con tanta falta de tino como sobre de indolencia, había desde el principio de su reinado abandonado el cetro en manos de un favorito, y que llevó su confianza en él hasta el extremo de conceder á su firma la misma autoridad y validez que á la propia, ordenando á los consejos, tribunales, etc., que diesen cumplimiento y obedeciesen los despachos firmados por el de Lerma como si lo fuesen por él, había abierto ancha puerta á todas las envidias y á todas las ambiciones, para que éstas aspirasen á obtener aquella distinción, y para que trabajasen aquéllas usando toda clase de armas, en la caída del personaje que disfrutaba semejante privanza del Monarca.

Aun cuando el duque de Lerma no era malvado, y gracias á esto que no hizo un mal uso de aquella firma que con tanto abandono se le entregara, tenía un defecto que, si es digno de censura siempre en un individuo particular, toma ya proporciones verdaderamente censurables tratándose de un ministro tan poderoso y tan omnipotente como lo era el de Felipe III.

Merced á su codicia creábase envidias por parte de los codiciosos, y á la par era manantial de desgracias para el mismo reino, toda vez que por satisfacerla no se reparaba en medio alguno.

Arbitro de todas las mercedes, de todos los destinos, y pudiendo por lo tanto favorecer la hacienda de muchos, procuró en primer término aumentar la propia, y bien por la gracia del soberano, bien por las infinitas pruebas que dió de su coruptibilidad, llegó á reunir una fortuna colosal que, excitando las murmuraciones de los bajos, acreció la envidia de los altos y le acarrió un sinnúmero de émulos.

Ademas de ser miller de Corps, caballero mayor del rey, regidor perpetuo de Valladolid y Madrid, comendador mayor de Castilla, adelantado de Cazoria, y general de caballería, obtuvo las mercedes de las escribanías de Alicante, las de las sacas de Andalucía, las alcaldías de Uclés y del castillo de Búrgos, varias encomiendas, los productos de la almadraba de Valencia, que daban un beneficio asombroso, sesenta mil ducados de renta en Sicilia, los dominios de una porción de villas y lugares de Aragon, Castilla y

Navarra, y finalmente, como si todo esto no fuera bastante, continuamente estaba recibiendo del Monarca regalos de joyas de extraordinario valor.

A esto hay que añadir los donativos que las Córtes le hacían, como hemos tenido ocasion de ver, y como que todos vieron que el mejor camino para ganarse su benevolencia y su protección estribaba en el dinero que por ello podía obtener, los caballeros y señores castellanos hacíanle regalos de gran cuantía, llegando sus contemporáneos al extremo de decir, aún cuando parezca increíble, que había reunido solamente de donativos la enorme suma de cuarenta y cuatro millones de ducados.

Tal vez haya exageracion en esta cifra, mas á pesar de ella, resultará siempre un escandalosísimo ejemplo, que si bien tenía muchos que le censurasen, eran muchos tambien los que aspiraban á imitar la conducta del valido ocupando el puesto en que él se hallaba.

Su ejemplo produjo otras venalidades, como las que ya hemos tenido ocasion de registrar en otro capítulo, y que hicieron necesario un escarmiento, mas como el principal subsistió sin castigo alguno, ni las murmuraciones del pueblo se acallaban, ni las aspiraciones de los que trataban de derribarle se disminuyeron.

Aquella privanza tan prolongada y tan absoluta, era el imán que concentraba en sí todos los deseos; el duque de Lerma era el objeto de todas las intrigas y de todas las asechanzas, siendo hasta su propio hijo, á quien él mismo diera participacion en su poder y en su privanza, su más cruel y encarnizado enemigo.

Un hidalgo castellano, llamado D. Rodrigo Calderon, jóven diestro y despabilado, fué de los servidores del duque de Lerma á quien más favoreció, y al que, como es consiguiente, alcanzaron en mayor número los odios y las envidias de que era objeto su protector.

Activo y apto para el manejo de los papeles, hizole el de Lerma secretario de la cámara del Rey primeramente, conde de la Oliva despues, comendador de Ocaña con el hábito de Santiago más tarde, capitán de la guardia alemana y tudesca y alguacil mayor de Valladolid al poco tiempo, y con otras mercedes, rentas y ayudas de costas que fué concediéndole, le elevó de tal modo que le granjeó muchos y poderosos enemigos.

El D. Rodrigo, como hábil y diestro mancebo, consiguió adquirir una influencia tal sobre su protector que puede decirse era él quien manejaba y dirigía al favorito, pero al mismo tiempo cayó en la debilidad de envanecerse con el favor de que disfrutaba, y alardeando de su poder y dándose humos de soberano, reunió en torno suyo una corte de aduladores y pretendientes tan numerosa como la del Duque.

Fácilmente se comprende que semejante conducta sobradamente ligera y duramente vituperada en el de Lerma, había de serlo con mayor razon en D. Rodrigo, tanto por su oscuro origen de todos conocido (1), cuanto por el orgullo y ostentacion con que hacía fastuoso alarde del poder que alcanzaba.

Así es, como dice un escritor de nuestros días, «que se desataban contra él las lenguas y las plumas, y si contra el protector se hacían sátiras picantes, contra el protegido se escribían mordaces y sangrientos libelos.»

Contra esta doble privanza, pero especialmente contra D. Rodrigo Calderon, alzóronse dos personas que parece debían hallarse alejadas de semejantes miserias por el sagrado carácter de que se hallaban revestidas.

Eran estas Fr. Juan de Santa María, franciscano descalzo, y la madre Mariana de San José, priora del convento de la Encarnacion, convento fundado por el duque de Lerma.

Estos dos personajes, hablando constantemente á la reina doña Margarita y haciéndole ver todo lo que de escandaloso existía en la privanza del favorito del valido, consiguieron que la piadosa Reina se pusiera completamente de su parte.

No podía ménos la Reina de dar crédito á lo que tan religiosos personajes le decían, y unida á ellos habló distintas veces al Rey, hasta que por fin consiguieron que Felipe, vencido en parte por las razones de conveniencia que el religioso y la monja le expusieron, relevara á D. Rodrigo del cargo de secretario de Cámara que estaba desempeñando.

Poco tiempo despues de haber sido separado D. Rodrigo de aquel destino ocurrió la muerte de la Reina, de sobreparto, como ya en otro lugar manifestamos, y de este acontecimiento puramente casual sacaron partido los enemigos de D. Rodrigo, suponiendo que él había tenido más parte en aquella muerte que el mismo mal, en venganza de la enemiga que la Reina le demostrara.

D. Bernabé Vivanco, que había sucedido á Calderon en el cargo de secretario del despacho, y autor de una historia manuscrita de Felipe III, vindica por completo á D. Rodrigo de un cargo tan horrible, mas la calumnia quedó sembrada y á su tiempo la veremos dar sus deplorables resultados.

(1) D. Rodrigo era hijo del capitán D. Francisco Calderon y de una doncella alemana con la cual se casó más tarde.



J. SERRA, Lp.

Lp. VIDAL, Omo 27

EL DUQUE DE UCEDA.